

# ANTE EL ESPEJO

VENIAMÍN KAVERIN

TRADUCCIÓN DEL RUSO Y NOTAS  
DE ENRIQUE MOYA CARRIÓN





## PRIMERA PARTE



## CAPÍTULO PRIMERO

*Perm, 29.I.1910*

¡Kostia! Ante todo, le ruego que no me cite por mi nombre y patronímico. La directora puede abrir la carta y eso le resultaría extraño e, incluso, indecente. Y es que ya le parece indecente que me escriba con un muchacho (o si lo prefiere, con un joven). ¿Me dice usted que yo le pedí que fuera sincero? No me comprendió usted bien, Kostia. Precisamente eso es lo que no quería. No considero la sinceridad absoluta una obligación de la amistad, así como tampoco yo deseo ser sincera siempre y en todo, pues cada uno ha de tener su propio santasanctórum. Aun así, ya me expongo en demasía, pese a que tan solo sería necesario ser sincero con los demás hasta cierto punto. Me interesaría saber por qué me considera usted su amiga. En este momento, no me siento en absoluto de humor para hablar de mí, en caso contrario, quizás lamentase usted su precipitación, excesivamente predispuesta a halagarme.

Lo que ahora quiero contarle es que mentí cuando le dije que ya había estado en una ocasión en el baile del gimnasio<sup>1</sup> de chicos. Hasta el año pasado no nos dejaban ir. Después del baile hicieron correr un chisme sobre mí y tuve que escuchar de labios de la directora unos agradables cumplidos. Aquello

---

<sup>1</sup> Institución educativa cuyo objetivo era proporcionar una amplia formación de carácter multidisciplinar así como los conocimientos necesarios para el acceso a la universidad.

me resultó terriblemente indignante, no por la directora, claro está, sino por los muchachos, a los que hacía mucho que conocía. A decir verdad, después me pidieron perdón, pero aunque soy buena, o eso es lo que dicen, no puedo sin embargo perdonar a la gente sus menosprecios. Y, en efecto, me sentí incapaz de perdonar a cierto alumno del gimnasio: le lancé a la cara una ofensa que él, a continuación, justificó en virtud de mis puntos de vista, en su opinión, demasiado ideales.

Ahora estoy leyendo *Las llaves de la felicidad* de Verbítskaya<sup>2</sup> y *El viaje del Beagle* de Darwin. Imagínesele tan solo un instante: embarcarse en un viaje de cinco años alrededor del mundo siendo un joven. ¡Qué felicidad! Disculpe mi grafía y este espantoso estilo plagado de errores.

Liza<sup>3</sup>

## PERM. 1910

La orquesta castrense retumbaba en el coro, un hombre joven y delgado del Patronazgo de Damas para Pobres corría por la sala dirigiendo el baile en un mal francés; las madres estaban sentadas en unas butacas a lo largo de las paredes mientras, de pie a su lado, permanecían aguardando una invitación, sus engalanadas y sonrojadas hijas.

Las internas estaban con la preceptora, Anna Petrovna, una mujer gorda, joven y bondadosa a la que afligía que los caballeros ignorasen a sus muchachas. De repente Liza cruzó valerosamente el círculo de aquellos que bailaban sobre el piso encerado y sembrado de confeti. Un alumno desconocido del gimnasio con un largo uniforme de gala de los que ya

---

2 Anastasia Alekséyevna Verbítskaya (1861-1928).

3 Los personajes de Liza y Kostia fueron perfilados por el autor a partir de las figuras de la pintora exiliada, Lidia Andréyevna Nikanórova (1895-1938), y del matemático de Kazán, Pável Aleksándrovich Bezsonov. Lidia estaba casada con el también pintor Gueorgui Artiómov, que aparece en la novela bajo el seudónimo de Gueorgui Gordéyev.

hacía mucho tiempo que nadie llevaba se acercó volando a ella y la invitó a un *pas de quatre*. Dieron una vuelta y se detuvieron al lado de una habitación donde los hombres hablaban y fumaban mientras las mujeres se dedicaban a unas gestiones que debían conducir a la organización de una tómbola. Otro alumno del gimnasio, este conocido, solicitó a Liza una danza húngara, pero Liza le dijo que no podía concedérsela porque ya la tenía prometida. Quizá una cuadrilla. Después, mientras bailaba aquella cuadrilla con Karnovski, se acordó de ello con horror. Pero era un horror alegre y feliz que giraba junto con ella en el acalorado, retumbante e, igualmente feliz, torbellino del baile. Todo resultaba alegre: danzar mientras rompían las largas cintas de múltiples colores de la serpentina, resbalar hasta casi caer mientras Karnovski, con una rodilla apoyada sobre el suelo, la hacía girar a su alrededor durante una mazurca; estar con él allí de pie en la cancela de la entrada, donde hacía frío y reinaba la calma porque de la sala solamente llegaban las intrépidas y desesperadas exclamaciones del director de orquesta.

Karnovski no se apartó de ella en toda la tarde, le trajo una limonada y pasteles del bufé y le regaló una cajita rosada guarnecida de seda para guardar cartas que él mismo había ganado en la tómbola.

— Sin duda esto quiere decir que el destino nos está instando de veras a que nos carteemos, Liza.

Se ofreció a acompañarla y ella consintió, pese a que sabía que debía volver al internado con Anna Petrovna y que, si llegaba sola, le bajarían seguramente la nota de conducta.

La nieve centelleaba y resplandecía por la acción de la luna y hacía tanto frío que a Liza incluso se le helaron los labios. Por supuesto, conservó en su memoria aquello de lo que hablaron, fue una conversación seria, interesante, aunque mil veces más serio e importante fue el hecho de que Karnovski le ofreciera de modo tan respetuoso su brazo y que ahora la con-

dujera como si de una reina se tratara, manteniéndose adrede medio vuelto hacia ella para demostrarle que él estaba en el mundo solamente por ella.

Podía sentir su brazo firme y varonil por encima de su manga...

## 12.VIII.1910

Kostia, ponga en el sobre «Perm», y no «local», puesto que en casa eso va a incitar una aclaración a propósito de nuestra correspondencia que me gustaría evitar. Esta correspondencia constituye un desacato a mi padre, que no soporta que ande con muchachos porque no cree en sus buenas intenciones y, de paso, tampoco confía en mí. Pero eso no conlleva que esta (la correspondencia) deba interrumpirse. Esto último solo podría pasar en el caso de que yo no pudiera granjearme una situación de independencia, pues no deseo que nos carteemos en secreto.

Kostia, no me ha comprendido usted: nosotros tenemos siete cursos, y el último, es decir, el primero, equivale al séptimo curso del gimnasio. He decidido irme al extranjero después del internado, tengo unos pequeños ahorros que mi abuelo puso a mi nombre. Pero ¿adónde? Y además, solo puedo disponer de ese dinero una vez haya cumplido los veintiún años. Por lo demás, he resuelto quedarme en Rusia. Tengo unas ganas espantosas de terminar el internado. Pero ¿sabe qué es lo que más me preocupa? La finalidad de la vida. Dígame con franqueza cuál es la finalidad de sus estudios y de su vida. La verdad es que es espantosamente difícil resolver esta cuestión. Bueno, por ahora, hasta la vista, le escribiría algo más, pero hace calor. ¿Ha leído el *Diario* de Maria Bashkírtseva<sup>4</sup>? No puedo despegarme de él. Me sorprende que fuese

---

4 Maria Konstantínovna Bashkírtseva (1858-1884), pintora y escultora afincada en París cuyo *Diario* alcanzó cierta celebridad.



capaz de pensar en sí misma desde la mañana hasta la noche, incluso en sueños. He probado, y créame que resulta muy complicado. Al cuarto de hora empecé a pensar en una amiga y, después, en una preceptora a la que hemos decidido hacerle una jugarreta. Bashkirtseva escribe que la vida es París y que París es la vida. ¿Tal vez deba marcharme a estudiar a París?

*Perm, 15.XI.1910*

Si me considera su amiga (en sus cartas eso únicamente se desprende del tratamiento que me dispensa), entonces nos escribiremos. Si no, es mejor dejarlo. Sí, yo quiero ser su amiga aunque, sin duda, a sus ojos debo de resultar ridícula, a no ser que usted no sea tal como yo me lo imagino. Soy confiada e inconstante en mis juicios, lo cual, por otra parte, puede apreciarse en las líneas anteriores.

Escríbame sobre la universidad, sus impresiones, el grado de dificultad de la materia, pues yo también quiero ingresar en Matemáticas. Dicen de mí: hielo y fuego. Pero esta comparación no viene aquí al caso: ¿qué importancia tiene el carácter de cada uno habiendo aptitudes y ganas!

Con su carta ha tenido lugar un infortunio: la directora la ha abierto y me ha prohibido seguir carteándome. Querían ponerme un once en conducta pero, aun así, me han puesto un doce porque se han compadecido de mis esfuerzos. A partir de ahora,scríbame a la dirección de mi amiga, será todavía mejor porque así no habrá que temer que las lean: Maria Andréyevna Miliútina, calle Nikólskaya, edificio 14, a mi atención.

Kostia, ¿es acaso verdad que un corresponsal informó de la muerte de Tolstói cuando todavía estaba vivo, es decir, unos minutos antes de su fallecimiento? Me ha sorprendido hasta tal punto semejante desvergüenza y afán de publicidad que no

he dejado de llorar de indignación.

Si puede, envíeme una foto con uniforme de estudiante, tengo una estúpida pasión, propia del internado, por los uniformes. Ya le dije que me olvidaría de su cara, y así ha sucedido. Tan solo recuerdo que llevaba unos quevedos de color azul claro.

Escríbame, Kostia, sobre sus compañeros, sobre sus ideas y preocupaciones. Mientras me echaba el sermón, la directora me aconsejó que, en general, no me carteara con estudiantes. Mentí, me reí y volví a mentir. No puede siquiera llegar a imaginarse cuán a menudo tengo que mentir en el internado, especialmente a los directores: a cada instante. A veces, hasta apetece decir la verdad, y lo probé, pero lo dejé al darme cuenta de que la tomaban igualmente por una mentira.

*17.XII.1910*

Perdóneme, Kostia, por no haberle escrito en tanto tiempo. He tenido primero a una amiga en mi casa, y después, desde su partida hasta hoy, me ha sido imposible escribirle. Tengo tantas ganas de verlo y de hablar con usted que, pese a saber perfectamente que estaba usted en Kazán, incluso he andado deambulando por las calles para ver si me topaba con un señor con quevedos de color azul claro. Es probable que no debiera contarle estas cosas, pero hace mucho que tengo ganas de tener un amigo con quien ser absolutamente sincera. El caso es que ya soy sincera con todos, y eso me perjudica mucho. Cuando ingresé en el internado, me enamoré enseguida de uno de los maestros, y he estado muy enamorada hasta este año porque era un hombre bueno y hogareño y se preocupaba por nuestros intereses. Sin embargo, parece ser que luego empezó a pensar que yo andaba detrás de él — es algo común en los internados — y mi amor comenzó a enfriarse. Después,

me hice amiga de una preceptora, lo cual me ha ocasionado no pocos disgustos porque no me comprendió en absoluto. Es probable que esté ya harto de leer una carta tan incomprensible. Soy muy dispersa y no me gusta sintetizar.

Escribame su patronímico.

Liza

*Perm, 10.I.1911*

Kostia, qué diferentes son sus dos cartas. La primera es entusiasta, pero la segunda resulta tan triste como si hubiese perdido usted algo querido. A tenor de la primera carta llegué a la conclusión de que estaba enamorado: sea verdad o no, me interesa mucho. Usted ya lo sabe, yo nunca he sentido ese apasionamiento y, por algún motivo, eso es considerado extraño. Para mí tiene una sencilla explicación. Me he creado un insigne ideal que no existe entre la juventud que me rodea. Y si me enamorara de un hombre que no respondiese a mi ideal, sería autopersuasión y nada más.

En las vacaciones, al igual que el año pasado, estuve en el baile del gimnasio de chicos. Resulta tan extraño que haya pasado ya un año, pero me acuerdo de aquella tarde como si hubiese estado leyendo sobre ella en un libro. Por entonces, mantenía malas relaciones con el capiscol, que tiene un gran poder entre nosotros, y me enteré de que no me iban a dejar ir al baile porque había abandonado el coro. Sin embargo, me lo permitieron pese a todo y, la primera mitad de la tarde, mientras duró el concierto, estuve de mal humor, como siempre que hieren mi amor propio. Usted me invitó, y yo pensaba todo el rato: ¿por qué me habrá invitado precisamente a mí? Mientras bailábamos la danza húngara, sentí un miedo espantoso de que pudiera usted perder los quevedos. A propósito, ni siquiera sé cómo son sus ojos, creo que grises o azules.

Tenía casi todos los bailes repartidos entre los muchachos, y se ofendieron, en particular uno que pensaba que yo estaba enamorada de él.

Me aburro terriblemente en el internado. Pronto llegarán los exámenes, quiero hacerlos bien, tengo que aplicarme, tanto más cuanto que tengo en mente unos cursos para los que no estoy en absoluto preparada. ¡Pero no tengo tiempo para nada! Esperaba haber podido leer durante la Semana Santa y la Pascua: con misa cada día, y además dos veces, me fatigo mucho.

Aun así, debo decirle, Kostia, que no comprende mis cartas en absoluto. Me considera una ingenua interna que se empeña en ofrecer su amistad después de haberse encontrado una única vez con un chico (si lo prefiere, un joven). Estoy prácticamente segura de ello porque, de otro modo, no hubiera respondido tan superficialmente a mis preguntas.

Ye. Turáyeva

*Perm, 23.III.1911*

¡Kostia, qué le ocurre, hace mucho que no escribe! Se me ha pasado de todo por la cabeza: ¿estará usted enfermo? ¿Es posible que ya no encuentre interesante cartearse conmigo?

Este año me siento extremadamente apática: no leo nada, no estudio. La directora ha comenzado de nuevo a buscarme las cosquillas, al igual que la preceptora a la que tanto quería y que me trataba tan bien. Me han privado de medalla al bajarme la nota de conducta. No me voy de vacaciones: estoy castigada. Mi cabeza también está completamente vacía. Espero con impaciencia que todo acabe.